diversa de la Vénus vaga, está de tal suerte acreditada, que no hay marido de esos que lloran en el teatro, que no desee poseer una mujer infiel por el placer de perdonarla. Sin embargo, yo creo que las señoras *Mormonas* disfrutan alguna compensacion, supuesto que cuando en Utah algun pequeñuelo afirma que conoce á su padre, todo el mundo exclama: *¡Este niño es más sabio que su madre!*

En cuanto á la iniciativa individual, es seguro que los *Mormones* hubieran desaparecido desde que llegaron á Utah, si en vez de confiarse al trabajo hubieran pretendido subvenciones ó derechos protectivos: los ignorantes y perezosos han inventado la proteccion y las subvenciones, que son hijas de los caballeros de industria.

Yo te presento un mundo helado: anímalo con el sol de tu inteligencia: sepan los *Mormones* algun dia, que por el *Lago Salado* pasó el año de 1877 un poeta.

Tu hermano.—*El Nigromante.*

("Viaje á los Estados Unidos," por G. Prieto.)

# FRAY MARGIL DE JESUS

HACE poco más de un siglo que un misionero, llamado Fr. Antonio Margil de Jesus, midió repetidas veces con sus piés y con su báculo la áspera y caliente lava que cubre el suelo guatemalteco; y ya sumergiéndose en enfermizos pantanos, ya durmiendo en espesos bosques entre venenosas serpientes y hambrientas fieras, buscaba á los feroses salvajes, sufria sus injurias, provocaba sus crueldades; y admirándolos con su resignacion y venciéndolos con su entusiasmo, los hacia caer postrados á sus piés, encender hogueras para los derribados ídolos, y levantar para la Cruz nuevos altares. Entónces entregaba á la Iglesia nuevos creyentes y á la España nuevos esclavos; completando así la obra de Cortés, y haciendo con sólo la palabra lo que el héroe no habia podido ni con hierro ni con fuego.

Despues á los campesinos mexicanos enseñaba la salutacion angélica, para que así se saludasen: los acostumbraba al rosario nocturno, y entonaba con ellos el Alabado, nuestro canto nacional, y les predicaba á Jesucristo crucificado; y los campesinos lo recibian en sus poblaciones con incienso, con flores y repiques.

Anciano y solo en las riberas del Sabina, cultivaba la tie-

rra, remendaba su hábito, preparaba sus alimentos, y era en la aspereza de su vida más que un colono, un anacoreta.

En Guatemala, en Querétaro, en Jalisco, en Zacatecas, en México, subyuga con su elocuencia á un auditorio, tanto más corrompido, cuanto más ilustrado; hace tronar su voz contra los vicios en las calles y en las plazas; asalta los teatros, y sobre la escena aterrada hace sonar indignado la trompeta del juicio; trasforma en púlpito las mesas de juego, y para destruir los paseos demanda á la divinidad sus cataratas, sus truenos y sus rayos.

Mujeres, niños, salvajes, magistrados, todos humillaban la frente á la presencia del misionero.

Fray Margil recibió la educacion religiosa de su tiempo: de la oscuridad de su familia pasó á la oscuridad del claustro: allí recibió la temprana inspiracion de su fe; allí la ciencia lo engrandeció hasta la altura de su anhelo, y allí dió á sus atrevidos esfuerzos la árdua empresa de enseñar la religion á los infieles, y la virtud á los cristianos. Entónces, desprendiéndose de los embarazosos afectos maternales, *no tengo*, exclama, *más padre y madre que Jesucristo;* y dando el último adios á la patria, en la misma nave que lo condujo á la América comenzó á ejercer su mision.

Otros muchos religiosos lo acompañaron, pero él los dominaba, pues su cuerpo y su espíritu eran de un temple superior. Los trabajos arrasaron su cabeza y la tostaron los soles; los años arrugaron su frente; las abstinencias hundieron sus mejillas, y las altas meditaciones abandonaron al suelo sus miradas. Tal vez la sonrisa vagaba en sus labios, miéntras oculta penitencia destrozaba su cuerpo: sus pasos eran firmes y presurosos, su traje un hábito roto y manchado, sus arreos un báculo, una calavera y una disciplina; y sus discursos nunca revelaron al orador sino al padre enternecido, al amigo oficioso, ó al juez indignado. Fué santo cuando el despotismo y la supersticion de la casa austriaca encadenando los ejércitos y oscureciendo las universidades, no dejaron á los ingenios otro camino de gloria. Hizo un pueblo



de devotos de un pueblo conquistado: vivió más de cuarenta años entre nosotros; grande influjo debió tener sobre nuestras costumbres; caminando al cielo sobre las alas de la santidad, dejó profunda huella sobre la tierra.

Hé aquí por qué, sin pretensiones místicas, recomendamos esta página á nuestros historiadores y á nuestros poetas.

1845.

# LA COQUETA

No le pegues á la mujer ni con una rosa.—*Ley del Indostan.*

LA coqueta es una mujer que se encapricha en conquistarse adoradores con las armas de un atractivo que le ha negado el cielo, pero que su vanidad y su malicia saben aparentarlo con numerosos y admirables artificios; en consecuencia, para conocerla, es necesario estudiar detenida y separadamente sus faltas, sus artificios y sus adoradores.

La primera falta que una mujer procura encubrir, es la sobra de años; cuando pasan de veinte abriles los que coronan su hermosura, no contempla con disgusto su edad, pero teme que le sean desfavorables las apariencias; su inquietud no se calma sino cuando sus pretendientes le protestan repetidas veces que la juzgan muy *niña.* Para arrancarles esta profesion de fe, no necesita agotar los esfuerzos de su estrategia mujeril; le basta asegurar á cada paso que ya es vieja, y cien voces le replican entónces que se chancea. Entre los veinte y los treinta es cuando las jóvenes se dedican á la música, al dibujo y al bordado, porque se imaginan que bajo la sombra de una preceptora pueden impedir que se marchite su infancia. Los amantes que se conquistan en esta época de la vida, son

jóvenes que temen tambien por su parte que se les pase el tiempo fijado irrevocablemente por ellos solos desde que comenzó su adolescencia, para disfrutar de las dulzuras del matrimonio.

Pero cuando la mujer conoce que no por falta de años sino de esposo no tiene un nietezuelo, y se empeña en no pasar la puerta de la vejez sin su acostumbrada comitiva de adoradores, entónces ya no se chancea sobre su edad, sino que hace decididamente el papel de anciana ó el de niña; logrando en el primer caso que el mundo entero proteste contra esa jubilacion anticipada, y engañándose ella sola en el segundo. Pero sea cual fuere su determinacion, el círculo de sus amantes es el más codiciado, pues lo forman los jóvenes inexpertos y tímidos, que no se atreven á oprimir la mano de su amada sin un expreso mandato; y ¿quién si no una cuarentona ha de tener el descaro suficiente para dar un programa de caricias á su novio?

No me ocupo de la niña ni de la cincuentona que quieren aparecer jóvenes, porque la primera es una fastidiosa y la segunda una demente; detesto con todo mi corazon, en materia de coquetería y de amores, lo prematuro y lo póstumo. Hay una pena para los goces inmaturos, y debe de haber otra para los goces de ultratumba.

Fuente abundante de coquetería es la falta de hermosura; pero ninguna mujer se juzga enteramente fea; siempre es un *pero*, un solo defecto el que atormenta su vanidad y donde tropieza la admiracion con que contempla el soberbio conjunto de sus gracias. De aquí provienen los secretos del tocador y las posturas estudiadas; de aquí la lucha eterna y dudosa entre la fealdad y el lujo; de aquí, en fin, los amantes que se apasionan, no de una mujer, sino de un órgano determinado del cuerpo humano.

La coquetería más ridícula es la que tiene su orígen en la falta de dinero; la mujer con pretensiones de rica, no quiere cautivar con su valor personal, ni juzga que para ser amada es preciso ser amable. En las joyas no busca adornos; y de lo



que ménos se cuida es de encubrir sus defectos, aun cuando pide á las artes gracias postizas. Su delirio es el oro; y para entrar en su círculo de apasionados es necesario pertenecer á la familia de los usureros. Las hermosuras que tienen semejante manía, vendiendo caros sus favores, no se consumen fácilmente en el fuego de los placeres, y conservan el perfume de la juventud hasta que una indigestion ó un corsé las precipita á un sepulcro costoso, que es el último gasto que exigen de unos amantes, que en ellas, á su vez, han visto un simple objeto de lujo.

Hay ciertas circunstancias, y son frecuentes, en que la mujer conoce que no basta ser rica, jóven y hermosa para ser amable: ¡cuántas veces una humilde rival triunfa en una tertulia y cautiva al más codiciado de los concurrentes, ya sólo porque es virtuosa, ya sólo porque es instruida, ya por su modestia y ya por su ternura! Entónces la coquetería agota sus recursos por aparentar tan bellas cualidades. Tiene Roque tres hijos; pero fuera de este pecado, es un novio codiciable, porque es viudo, jóven, y si todavía no disfruta los favores de la fortuna, á lo ménos ha alcanzado su sonrisa. ¿Por qué todas las muchachas casaderas y las viejas verdes prodigan mimos y caricias á los hijos fastidiosos de Roque? Es porque con esa coqueteria quieren manifestarle al padre que el amor maternal las devora, y deseando ser esposas se esfuerzan en dejar ver que no serán malas madrastras. La misma infidelidad, ¡quién lo creyera! es una coquetería: Anacleta, empeñada en mostrarle á su marido que no es vieja, provoca los requiebros de su sirviente.

La coquetería siempre es grata á los hombres á quienes se dirige, porque el objeto exclusivo de ella es cautivarlos; por eso en cambio se exige de los favorecidos alguna señal de aprobacion, aun cuando vaya envuelta en una furtiva mirada. La coquetería es un lenguaje de accion, y cuando le faltan ojos que la vean, es como un orador que no encuentra oídos que lo escuchen. La coquetería es una gota de rocío que ya reposa sobre los pétalos de una flor, ya sobre la punta de una

espina; pero siempre conserva su trasparencia y su frescura, y brilla con los colores del íris.

Pero la coquetería es una humillacion; ella supone siempre que la mujer se abate hasta el fingimiento por lograr á lo ménos una mirada: sus favores no nacen de los puros y de los íntimos afectos del alma, sino de la vanidad ó la corrupcion. La coquetería no es el amor; á éste lo pintan desnudo y vendado, y aquella no sé qué necesita más, si ojos para contemplar sus triunfos, ó joyas y adornos para emplearlos en sus artificios. Entre las mujeres amables jamas debe ser la más coqueta la preferida.

Hay una falsa coquetería que se distingue de la primera en que léjos de conquistarse simpatías ó admiracion, únicamente consigue burlas y desprecio; es una monstruosidad de las muchas que suele abortar la tonteria en su nefando enlace con el defecto no raro de una mala educacion. La familia de estas coquetas es numerosa; la componen en primer lugar las mujeres enfermizas, á las cuales es necesario tomarles el pulso cuando se les habla de amores, por temor de que una fuerte emocion las arrastre á la agonía, ó por lo ménos les cause peligrosas y dilatadas obstrucciones; síguense las asustadizas que lanzan agudos gritos cuando ven á un hombre del cual no esperan formarse un amante; no olvidemos á las apasionadas, que al escuchar una cancion tierna se desmayan; son tambien dignas de un recuerdo, las que afectan mirar con desprecio á los jóvenes que no pertenecen á su pandilla, y son más repugnantes que todas, aquellas que presumen comprender cierto lenguaje, que sólo puede hablarse sin rubor en los cuarteles. Y ¿qué pretende Simona cuando empañando el pudor, precioso ornato de su sexo, confiesa con descaro en una reunion de varones, que algun ausente es de su gusto? Provocar el amor propio de los circunstantes; y las mujeres que así se expresan suelen llevar su cinismo hasta dejar ver algunos de sus encantos personales, escandalizándose despues cuando se les declaran los deseos que ellas solas han causado.



Examinemos, para terminar, una cuestion tan importante como curiosa: una coqueta cuando llega á persuadirse de que ha pasado para ella la edad de los amores ¿en qué emplea el vicio de la coquetería, si lo conserva arraigado en su corazon? Desde entónces la mujer no se empeña en hacerse amable, y procura en cambio que la juzguen todas las gentes y en todos los negocios interesante; podeis seducir á su hija con tal que le permitais intervenir en vuestros amores: en todos los chismes y delitos humanos, siempre aparece receptándolos ó dirigiéndolos una vieja.

Siempre que aquel juez famoso
¿Quién es ella?
Preguntaba malicioso
En cualesquiera querella,
Su escribano contestaba
Antes de escuchar la queja,
Y nunca se equivocaba
¡Una vieja!

¿Quién lleva á un chico á la escuela?
Es su tia,
Si no es su tia es su abuela,
Y en todo caso una harpía.
Pero desde entónces él,
Vengativo, nunca deja
De figurarse en Luzbel
Una vieja.

Aunque fuerte en los noveles
La pasion,
Siempre los conserva fieles
A las leyes de Platon;
Y no espereis que un tercero
Resulte de esa pareja,
Si tercera no es primero
Una vieja.

Gil de grave enfermedad
Escapaba,
Por la grande habilidad
Del doctor que lo curaba.
¿Quién el remedio casero
Que lo ha matado aconseja
Y aun amaga al mundo entero?
Una vieja.

Oh que zambra ha provocado
Mi letrilla!
Mi casera se ha alarmado
Y suelta su tarabilla.
Cien viejas trae á la cola,
Puesto que al mal se asemeja
En que nunca viene sola
Una vieja.

Las reglas anteriores servirán al lector para que pueda clasificar todos los tipos de coquetería que en este artículo no encuentre mencionados; por ejemplo: las que llaman á los hombres en sus barbas, buenos mozos; las niñas que delante de los varones se acarician mútua y tiernamente, como las que cargan perro; las que fingen preñez; y en fin, todas aquellas á quienes nadie expontáneamente se atreva á leerles el peligroso cuaderno en que se publiquen mis felices y profundas observaciones.

La emancipacion de la mujer ha producido el fruto unas veces amargo y otras dulces de la coquetería. Donde la mujer es esclava como en Asia, y cuando como en Roma y Atenas se le ha clasificado entre los bienes semovientes, en vano se buscará una coqueta, pues entónces la compañera del hombre, esposa ó concubina favorita, carece de voluntad y no sabe lo que importa una posicion social, para por medio de artificios asegurarse un porvenir y aumentar la cosecha de sus placeres. Abandonada entre nosotros frecuentemente la mujer á sus propios recursos, y sin otra profesion que la de



agradar, pide al arte lo que le ha negado la naturaleza y procura identificar su imágen con los más ardientes deseos; mas para que pueda provocarlos es indispensable que siempre aparezca como mujer, supuesto que el sexo á que pertenece es el primero de sus atractivos. Así es que, siendo la mitad más hermosa del género humano, muchas veces tan fea como la otra mitad, no debe la mujer adoptar el traje varonil sopena de perder las apariencias del tesoro que oculta y de abdicar la coquetería. Si en nuestra patria se hubiera adoptado esa moda anti-coqueta presentariamos en nuestro tipo un fastidioso *dandy* en lugar de esa jóven graciosa y provocativa.

Pero hé aquí una cuestion que me propone el maligno litógrafo con el ingenio que acostumbra desplegar en todos sus retratos: ¿esa muchacha tan hermosa como engalanada, al levantar su ropaje, intenta lucir su pié ó su calzado? Respondo que la explicacion la encontrarémos en sus ojos: ¿es orgullosa su mirada? quiere aparecer rica: ¿se ruboriza y no se atreve á vernos? es porque teme que no juzguemos su pié extraordinariamente pequeño. Pero se me replica: segun tu sistema ninguna es coqueta á solas, y á nuestra heroína no la ven sino su espejo y su perro. Distingo. No la ven ni espera que la vean, lo niego; no la ven pero ha escuchado los pasos de una visita, concedo. Se me pregunta, por último, ¿quién llega? Eso dígalo el perro que no ladra; es una persona á quien está acostumbrado á ver en los brazos de su ama cuando él queda olvidado en el suelo, y si se le antoja ser celoso, se mira como quien dice: tras de cornudo apaleado.

Marzo de 1855.

(Los mexicanos pintados por sí mismos.)